

tanto consigo, que bien no mostrase en su gesto é habla el dolor que en lo secreto tenia, é luego pensó que seria bien de se apartar por las florestas con sus cazadores hasta dar lugar al tiempo que curase aquello que por entonces mal remedio tenia, é mandó al rey Arban que le ficiese llevar tiendas é todo el aparejo que para la caza convenia á la floresta, porque se queria ir á correr monte luego otro dia de mañana, é así se fizo, que esa noche no quiso dormir en la cámara de la Reina por no le dar mas pasion de la que tenia. E otro dia en oyendo misa se fué á su caza, en la cual como solo se fallase, mucho mas la tristeza y pensamiento le agraviaban; de manera que en ninguna parte fallaba descanso, que como este fuese un rey tan noble, tan gracioso, codicioso de tener los mejores caballeros que haber pudiese, como ya los habia, é con ellos le haber venido todas las honras é buenas dichas é venturas á la medida de sus deseos, é agora en tan poco espacio verlo todo trocado é tanto al contrario de lo que solia é su condicion deseaba, no tovo tanto poder su discrecion ni fuerte corazon que muchas veces no le posesie en grandes congojas; pero como muchas veces acaesce, cuando la fortuna comienza á mudar sus veces, no se contenta con los enojos que los hombres de su propia voluntad toman, antes ella con mucha cruexa deseando los aumentar é crecer, siguiendo la órden de su estilo, que es en ninguna cosa ser ordenada, allí donde este rey estaba lo quiso mostrar, que olvidando aquel pesar que, á parescer della, por tan liviana causa é de su grado habia tomado, se doliese de otro mas duro azote de que él no sabia; que venidos algunos de los romanos que de la insola Firme habian fuido, é sabiendo cómo el Rey allí estaba, se fueron para él y le contaron todo lo que les habia acaescido, así como la historia lo ha contado, que no faltó ninguna cosa, como aquellos que presentes habian sido á todo ello. Cuando el Rey esto oyó, como quiera que el dolor fuese muy grande, como de cosa tan extraña para él é que tanto le tocaba, con buen semblante, no mostrando ningun pesar, como los reyes suelen hacer, les dijo: «Amigos, de la muerte de Salustanquidio é de la pérdida de vosotros me pesa mucho; que de lo que á mí toca usado soy de recibir afrentas é darlas á otros, é no os partais de mi corte, que yo os mandaré remediar de todo lo que menester hobiérdes.» Ellos le besaron las manos é le pidieron por merced que se le acordase de los otros sus compañeros é de aquellos señores que con ellos estaban presos. El les dijo: «Amigos, deso no tengais cuidado, que ello se remediará como á la honra de vuestro señor é mia cumple.» E mandóles que á la villa se fuesen, donde la Reina estaba, é que nada dijessen de aquello fasta que él fuese; y ellos así lo ficiéron.

El Rey andovo cazando tres dias con el cuidado que podeis entender, é luego se tornó donde la Reina estaba, é al parecer de todos con alegre semblante, aunque el corazon sentia lo que en tal caso debia sentir; y él descabalgando, se fué á la cámara de la Reina, é como ella era una de las nobles é cuerdas del mundo, por no le dar mas pasion, viendo que con ella poco se remediaba su deseo, mostrósele mucho mas consolada. Pues el Rey llegado, mandó que todos saliesen fuera de

la cámara, é asentándose con ella en su estrado, así le dijo: «En las cosas de poca sustancia que por accidente vienen tienen las personas alguna facultad é licencia para mostrar alguna pasion é malenconia; porque así como sobre pequeña causa vienen, así livianamente con pequeño remedio se pueden dello partir; pero en las muy graves, que mucho duelen, especialmente en los casos de honra, es por el contrario, que destas tales ha de ser y se ha de mostrar la graveza pequeña, é la venganza y el rigor muy grande. E viniendo al caso, vos, Reina, habeis sentido mucho la ausencia de vuestra fija, como es costumbre de las madres, é sobre ello habeis mostrado mucho sentimiento, así como en semejantes casamientos por otros muchos se suele hacer; pero por dicho me tenia que en breve tiempo se posiera en olvido. Mas lo que desto sucede es de calidad, que no mostrando sobrado enojo, con mucha diligencia é corazon grande se ha de buscar la emienda dello. Sabed que los romanos que á vuestra hija llevaron, con toda su flota son destruidos é presos, é muertos muchos dellos con su príncipe Salustanquidio, y ella con todas las dueñas é doncellas tomada por Amadís é por los caballeros que en la insola Firme están, donde con mucha vitoria é placer la tienen; así que, bien se puede decir que cosa tan señalada en grandeza como esta no era en memoria de hombres que en el mundo haya pasado; é por esto es menester que vos con mucha discrecion, como mujer, é yo con gran esfuerzo, como rey é caballero, pongamos el remedio que mas con obra que con demasiado sentimiento á vuestra honestidad é á mi honra poner se debe.» Oido esto por la Reina, estuvo una pieza que no respondió, é como esta fuese una de las dueñas del mundo que mas á su marido amase, pensó que en cosa tal como esta, é con tales hombres, mas era menester de poner concordia que de encender la discordia, é dijo: «Señor, aunque vos tengais en mucho lo que ha pasado é sabeis de vuestra fija, si lo juzgádes considerando aquel tiempo que fuistes caballero andante, pensaréis que, segun los clamores é dolores de Oriana y de todas sus doncellas, y el gran espacio de tiempo que en ello turaron, donde se dió causa de ser por muchas partes publicados, que pareciendo en voz de todos, aunque lo no fuese, una grandísima fuerza; que no se debe hombre maravillar que aquellos caballeros, como hombres que otro estilo no tengan sino acorrer dueñas é doncellas cuando algun tuerto é desaguisado resciben, se atreviesen á lo que han fecho; é como quiera, Señor, que sea, vuestra fija ya la entregastes á aquellos que por parte del Emperador por ella vinieron, é la fuerza ó injuria mas á él que á vos toca, é agora al comienzo se debe tomar con aquella templanza que no parezca ser vos el cabo desta afrenta, que de otra manera se faciendo, muy mal se podrá disimular.»

El Rey le dijo: «Agora, dueña, tened vos memoria de lo que á vuestra honestidad, como dicho tengo, conviene, que en lo que á mí toca, con ayuda de Dios, se tomará la enmienda que á la grandeza de vuestro estado é mio se requiere.» Con esto se partió della y se fué á su palacio, é mandó llamar al rey Arban de Norgales, é á don Grumedan, é á Guilan el cuidador, que

ya de su dolencia mejor estaba; é apartado con ellos, les dijo todo el negocio de su hija, é de lo que con la Reina habia pasado, porque estos tres eran los caballeros de todo su reino de quien él mas confiaba: E rogóles é mandóles que mucho en ello pensasen é le dijessen su parescer, porque tomase lo que mas á su honra compliese, é que por entonces, sin mas deliberacion, no queria que nada le respondiesen. Así estovo el Rey pensando algunos dias lo que debia facer. La Reina quedó con gran pensamiento é congoja por ver la riguridad del Rey su marido, é tenerla contra aquellos que bien sabia que antes perderian las vidas que un punto de sus honras, lo cual asimismo del Rey se esperaba. Así que, ningunas afrentas que le hobiesen venido, aunque muy grandes fueron, como esta gran historia vos lo ha contado, en comparacion desta no las tenia en ninguna cosa. Pues estando en su cámara revolviendo en su sentido muchas é infinitas cosas para procurar el remedio de tanta rotura, entró una doncella que le dijo cómo Durin, hermano de la doncella de Denamarca, era allí llegado de la insola Firme, é que la queria hablar. La Reina mandó que entrase, y él fincó los hinojos, y le besó las manos, y le dió una carta de Oriana, su fija. Que paresce ser que, como Oriana vió la determinacion de los caballeros de la insola Firme, que fué de enviar á don Cuadragante é á Brian de Monjaste al Rey su padre con el mandado que ya oistes, acordó que seria bueno para enderezar su embajada, que antes que ellos llegasen á la corte del Rey su padre, de escribir á la Reina su madre, con este Durin, una carta; é así lo fizo. Pues rescebida la Reina la carta, viniéronle las lágrimas á los ojos con soledad de su fija, é porque no la podia cobrar, si Dios por su misericordia no lo remediase, sin gran peligro é afrenta del Rey, su señor. E así estovo una pieza callada, que no pudo decir á Durin ninguna cosa, é antes que mas le preguntase abrió la carta para la leer, la cual decia así:

CAPITULO XIV.

De la carta que la princesa Oriana envió á la reina Brisena, su madre, desde la insola Firme, donde estaba.

«Muy poderosa reina Brisena, mi señora madre: Yo é la triste é desdichada Oriana, vuestra hija, con mucha homildad mando besar vuestros piés é manos. Mi buena señora, ya sabeis cómo la mi adversa fortuna, queriéndome ser mas contraria y enemiga que á ninguna mujer de las que fueron ni serán, no lo mereciendo yo, dió causa á que de vuestra presencia y reinos desterrada fuese con toda cruexa del Rey, mi señor é mi padre, é tanto dolor é angustia de mi triste corazon, que yo misma me maravillo cómo solo un dia la vida pude sostener; pues no contenta de mi gran desventura con lo primero, veyendo cómo antes á la cruel muerte que á contradecir el mandamiento del Rey mi padre, con la obediencia que, con razon ó sin ella, le debo estaba dispuesta á la complir, quiso darme el remedio muy mas cruel para mí que la pasion é triste vida que en lo primero tener esperaba; porque en fenecer yo, sola fenecia una triste doncella, que, segun sus grandes fortunas, mucho mas conveniente

LC.

é apacible la muerte le fuera que la vida. Mas de lo que agora se espera, si, despues de Dios, vos, Señora, é habiendo piedad de mí, no procurais el remedio, no solamente yo, mas muchas otras gentes que culpa no tienen, con muy cruels é amargas muertes fenescerán sus vidas. E la causa dello es, que, ó por permission de Dios, que sabe la gran sinrazon é agravio que se me face, ó porque mi fortuna, como dicho tengo, lo ha querido, los caballeros que en la insola Firme se fallaron desbarataron la flota de los romanos, con grandes muertes é prisiones de los que defender se quisieron; yo fui tomada con todas mis dueñas é doncellas, é llevada á la mesma insola, donde con tanta reverencia é honestidad como si en vuestra real casa estoviese me tienen é sontratada. E porque ellos envian al Rey, mi señor é mi padre, ciertos caballeros con intencion de paz, si en lo que á mí toca algun medio se diese, acordé de antes que ellos allá llegasen escrebir esta carta, por la cual, é por las muchas lágrimas que con ella se derramaron é sin ella se derraman, suplico á vuestra gran nobleza é virtud ruegue al Rey mi padre que haya manciella é compasion de mí, dando mas lugar al servicio de Dios que á la gloria é honra perecedera deste mundo, é no quiera poner en condicion el gran estado en que é la movible fortuna hasta aquí con mucho favor le ha puesto; pues que mejor él que otro alguno sabe la gran fuerza é injusticia que, sin lo yo merecer, se me fizo.»

Acabada la carta de leer, la Reina mandó á Durin que sin su respuesta no se partiese, porque convenia ante hablar con el Rey; y él dijo que así lo faria como lo mandaba, é dijole cómo todas las infantas é dueñas é doncellas que con su señora quedaban le besaban las manos. La Reina envió á rogar al Rey que sin otro alguno se viniese á su cámara, porque le queria hablar; y él así lo fizo; é como en la cámara solos quedaron, fincó la Reina los hinojos delante dél llorando, é dijole: «Señor, leed esta carta que vuestra hija Oriana me ha enviado, é habed piedad della y de mí.» El Rey la levantó por las manos, é tomó la carta é leyóla, é por darle algun contentamiento dijole: «Reina, pues que Oriana escribe aquí que aquellos caballeros envian á mí, podrá ser tal embajada la que envian, que con ella se satisfaga la menqua recebida; é si tal no fuere, habed vos por mejor que con algun peligro sea sostenida mi honra, que sin él sea menoscabada mi fama.» Y rogándola mucho que remitiéndolo todo á Dios, en cuya mano é voluntad estaba, se dejase de tomar mas congojas; é con esto se partió della é se tornó á su palacio. La Reina mandó llamar á Durin é dijole: «Antigo Durin, véte, é di á mi hija que hasta que esos caballeros vengan, como por su carta escribe, y se sepa la embajada que traen, que no hay qué le pueda responder, ni el Rey su padre se sabe determinar; y que venidos, si camino de concordia se puede fallar, que con mis fuerzas lo procuraré; é saludamela mucho, é á todas sus dueñas é doncellas, é dile que agora es tiempo en que se debe mostrar quién es; lo principal en su fama, que sin esto ninguna cosa que de preciar ni estimar fuese le quedaria; é lo otro en sufrir las angustias é pasiones como persona de tan alto

49

logar; que así como Dios los estados é grandes señoríos á las personas da, así sus angustias é cuidados son muy diferentes en grandeza de los de las otras mas bajas personas; é que la encomiendo yo á Dios que la guarde é traya con mucha honra á mi poder.» Durin le besó las manos é se tornó por su camino; del cual no se dirá mas, porque en este viaje no llevó concierto alguno, ni Oriana con la respuesta de la Reina, su madre, quedó con esperanza de lo que ella deseaba.

La historia dice que el Rey Lisuarte estando un dia, despues de haber oido misa, en su palacio con sus ricos hombres queriendo comer, que entró por la puerta un escudero é dió una carta al Rey, la cual era de creencia, y el Rey la tomó, é leyéndola, le dijo: «Amigo, ¿qués lo que queréis é cómo sois?» Señor, dijo él, yo soy de don Cuadrágante de Irlanda, que vengo á vos con su mandado.—Pues decid lo que queréis, dijo el Rey; que de grado os oiré.» El escudero dijo: «Señor, don Cuadrágante é Brian de Monjaste son llegados de la insola Firme en vuestro reino con mandado de Amadís de Gaula é de los príncipes é caballeros que con él están; y antes que en vuestra corte entrasen quisieron que lo supiédes, porque si ante vos pueden venir seguros decirvos han su embajada, é si no, publicarlo han por muchas partes é volverse han adonde vinieron. Por ende, Señor, respondedme lo que vos placirá porque no se detengan.» Oido esto por el Rey, estuvo un poco sin nada decir, lo cual todo gran señor debe hacer por dar lugar al pensamiento; é considerando que de las embajadas de los contrarios siempre se sigue mas provecho que otro inconveniente alguno, porque si lo que traen es su servicio, tómalo, é si al contrario, les quedan grandes avisos; é tambien porque parece poco sufrimiento rehusar de no oír á los semejantes, dijo al escudero: «Amigo, decid á esos caballeros que con toda seguridad, mientras en mi reino estovieren, pueden venir á mi corte, é que yo les oire todo lo que decir me querrán.»

Con esto se tornó el mensajero, é sabida la respuesta del Rey, salieron de la nave don Cuadrágante é Brian de Monjaste, armados de muy ricas armas, é al tercero dia llegaron á la villa cuando el Rey acababa de comer. E como iban por las calles, mucho los miraban todos, que muy bien los conocian; é decian unos á otros: «Malditos sean los traidores que con sus mezclas falsas hicieron perder tales caballeros é otros muchos de gran valor á nuestro señor el Rey.» Pero otros, que mas sabian de cómo habia pasado toda la culpa, cargaban al Rey que quiso sojuzgar su discrecion á hombres escandalosos y envidiosos. Así fueron por la villa hasta que llegaron al palacio, y entrados en el patín, descabalgaron de sus caballos y entraron donde el Rey estaba, é saluáronlo con mucha cortesía, y él los recibió con buen talante, é don Cuadrágante le dijo: «A los grandes príncipes conviene oír los mensajeros que á ellos vienen, quitada é apartada de sí toda pasión, porque si la embajada que les traen les contenta, mucho alegres deben ser haberla graciosamente recibido; é si al contrario, mas con fuertes ánimos é recios corazones deben poner el remedio que con respuestas desahridas; é á los embajadores se requiere decir hones-

tamente lo que les es encomendado, sin temer ningun peligro que dello les pueda venir. La causa de nuestra venida á vos, rey Lisuarte, es por mandado é ruego de Amadís de Gaula é de otros muchos grandes caballeros que en la insola Firme quedan, los cuales vos hacen saber cómo andando por las tierras extrañas buscando las aventuras peligrosas, tomando las justas é castigando las contrarias, así como la grandeza de su virtud é fuertes corazones requieren, sopieron de muchos cómo vos, mas por seguir voluntad mas que razon é justicia, no curando de los grandes amonestamientos de los grandes de vuestros reinos, ni de las muchas lágrimas de la gente mas baja, ni habiendo memoria de lo que á Dios de buena conciencia se debe, quisistes desheredar á vuestra hija Oriana, sucesora de vuestros reinos despues de vuestra vida, por heredar otra vuestra hija menor, la cual, con muchos llantos é dolores muy doloridos, sin ninguna piedad entregaste á los romanos, dándola por mujer al emperador de Roma, contra todo derecho é fuera de la voluntad, así suya como de los vuestros naturales; é como estas tales cosas sean muy señaladas ante Dios, y él sea el remediador dellas, quiso permitir que, sabido por nosotros, posiésemos remedio en cosa que tan gran agravio se facia contra su servicio; é así se hizo, no con voluntad ni intencion de injuriar, mas de quitar tan gran fuerza é desaguado, de la cual sin mucha vergüenza nuestra no nos podíamos partir, que vencidos los romanos que la llevaban, fué por nosotros tomada y llevada con tan gran acatamiento é reverencia como á la su nobleza y real estado convenia, á la insola Firme, donde acompañada de muchas nobles señoras é grandes caballeros la dejamos; y porque nuestra intencion no fué sino servir á Dios é mantener derecho, aquellos señores é grandes caballeros acuerdan de vos requerir que en lo que aquella noble princesa toca queráis dar algun medio como, cesando el grande agravio é tan conocida fuerza, sea restituida en vuestro amor con aquellas firmezas que á la verdad é buena conciencia se requieren dar; é si por ventura vos, Rey, algun sentimiento de nosotros teneis, quede para su tiempo, porque no seria razon que lo cierto de aquella princesa con lo dudoso de nosotros se mezclase.»

El Rey, despues que don Cuadrágante hobo acabado su razon, respondió en esta guisa: «Caballeros, porque las demasiadas palabras é duras respuestas no acarrear virtud, ni de los corazones flacos hacen fuertes, será mi respuesta breve é con mas paciencia que vuestra demanda lo merece. Vosotros habeis cumplido aquello que, segun vuestro juicio, mas á vuestras honras satisface, con mas sobrada soberbia que con demasiado esfuerzo, porque no á gran gloria se debe contar, saltar é vencer á los que sin ningun recelo é con toda seguridad caminan, no teniendo en las memorias cómo yo, seyendo lugar-teniente de Dios, á él, y no á otro ninguno, soy obligado de dar la cuenta de lo que por mí fuere hecho. E cuando la emienda desto tomada fuere se podrá hablar en el medio que por vos se pide, é porque lo demás será sin ningun fruto, no es menester replicacion.» Don Brian de Monjaste le dijo: «Ni á nosotros otra cosa conviene, sino que, sabida vuestra vo-

luntad, é la cuenta que de lo pasado á Dios debemos, pongan cada una de las partes en ejecucion aquello que mas á su honra cumple.» Y despedidos del Rey, cabalgaron en sus caballos, é salieron del palacio, é don Grumedan con ellos, á quien el Rey mandó que los aguardase hasta que de la villa saliesen. Cuando don Grumedan se vió con ellos fuera de la presencia del Rey díjoles: «Mis buenos señores, mucho me pesa de lo que veo, porque yo, conociendo la gran discrecion del Rey é la nobleza de Amadís y de todos vosotros, é los grandes amigos que acá teniades, mucha esperanza tenia que este enojo habria algun buen fin; é paréceme que siendo todo al contrario, agora mas que nunca dañado lo veo, fasta que á nuestro Señor plega poner en ello aquella concordia que menester es; pero tanto vos ruego que me digais cómo se halló en la insola Firme Amadís á tal tiempo, que mucho há que dél no se sopieron nuevas ningunas, aunque muchos de sus amigos lo han buscado con grandes afanes por tierras extrañas.» Don Brian de Monjaste le dijo: «Mi señor don Grumedan, en lo que decís del Rey é de nosotros no será menester á vos, que tan sabido lo tenéis, daros la cuenta muy larga, sino que conocida está la gran fuerza que el Rey á su hija hizo, é la razon que á nosotros nos obliga de la quitar; é ciertamente, dejando su enojo é vuestro aparte, placer hobiéramos que algun medio se tomara en lo que á él é la princesa Oriana toca; mas, pues todavía con mucho rigor le place proceder contra nosotros, mas que con justa causa, él verá que la salida dello le será mas trabajosa que la entrada le parece. Y á lo que, mi buen señor, preguntais de Amadís, sabréis que fasta qu'él desta corte fué, llamándose el caballero Griego, é llevó consigo aquella dueña por quien los romanos fueron vencidos é la corona ganada de las doncellas, nunca ninguno de nosotros supimos nuevas dél.—Santa María! val, dijo don Grumedan. ¿Qué me decís? ¿Es verdad qu'el caballero Griego que aquí vino era Amadís? Verdad sin dubda ninguna es, dijo don Brian.—Agora os digo yo, dijo don Grumedan, que me tengo por hombre de mal conocimiento, que bien debiera yo pensar que caballero que tales extrañezas facia en armas sobre todos los otros, que no debiera ser sino él. Agora vos pregunto, los dos caballeros que aquí dejó que me ayudasen en la batalla que tenia aplazada con los romanos, ¿quién eran?»

Don Brian le dijo riendo: «Vuestros amigos Angriote de Estravaus é don Bruneo de Bonamar.—A Dios merced, dijo él; que si yo los conociera no temiera tanto mi batalla como la temia; é agora conozco que gané en ella muy poco prez, pues que con tales ayudadores no toviere en mucho vencer á dos tantos de los que fueron.—Si Dios me vala, dijo don Cuadrágante, yo creo que si por vuestro corazon se juzgase, vos solo bastabades para ellos.—Señor, dijo don Grumedan, cualquier que yo sea, soy mucho en el amor é voluntad de todos vosotros, si á Dios ploguiese de dar algun cabo bueno en esto sobre que venis.» Así fueron hablando fasta salir de la villa é una pieza mas adelante; é queriéndose don Grumedan despedir dellos, vieron venir á Esplandian, el feroso doncel, de caza, é Ambor, fijo de Angriote de Estravaus, con él; y él traia un gavilan, é cabal-

gando en un palafren muy feroso é ricamente guardado, que la reina Brisena le habia dado, é vestido de ricos paños, que así por su fermosura tan extremada como lo que dél Urganda la Desconocida habia escrito al rey Lisuarte, como la tercera parte desta historia mas largo lo cuenta, el Rey é la Reina le mandaban dar complidamente lo que menester habia; é cuando llegó donde ellos estaban saluólos, y ellos á él. E Brian de Monjaste preguntó á don Grumedan quién era aquel tan feroso doncel, y él le dijo: «Mi señor, este se llama Esplandian, é fué criado por grande aventura, é muy grandes cosas dél escribió Urganda al Rey de lo que él será.—Válame Dios, dijo don Cuadrágante, mucho hemos allá en la insola Firme oído decir deste doncel, é bien será que lo llameis. Oírémolo que dice.» Entonces don Grumedan lo llamó, que ya era pasado, é dijo: «Buen doncel, tornad y envaréis encomiendas al caballero Griego, que con vos de tanta cortesía usó en daros los romanos que para matar tenia.» Entonces Esplandian se tornó é dijo: «Mi señor, mucho alegre sería en saber de aquel tan noble caballero, donde gelas podiese enviar, como lo vos mandais y él lo merece.—Estos caballeros van donde él está, dijo don Grumedan.—Dicevos verdad, dijo don Cuadrágante; que nosotros llevarémos vuestro mandado al que se llamaba el caballero Griego, é agora se llama Amadís.» Cuando Esplandian esto oyó, dijo: «¿Cómo, señores! ¿es este Amadís de que todos tan altamente fablan de sus grandes caballerías é tan extremado es entre todos?—Sí, sin falta, dijo don Cuadrágante, este es.—Yo os digo ciertamente, dijo Esplandian, en mucho se debe tener su gran valor, pues tan señalado es entre tantos buenos; é la envidia que dél se tiene pone osadia á muchos de se facer sus iguales; pues no menos debe ser loado por su gran mesura é cortesía, que aunque yo le tomé con gran ira é saña, no dejó por eso de me facer gran honra, que me dió aquellos caballeros que vencidos tenia, de que gran enojo habia recibido, lo cual mucho le agradezco; é plega á Dios de me llegar á tiempo que con tanta honra como lo él fizo con otra tal gelo pueda pagar.» Mucho fueron contentos aquellos caballeros de lo que oyeron decir, é por extraña cosa tenian su gran fermosura, é lo que dél les habia dicho don Grumedan, é sobre todo, la gracia y discrecion con que con ellos fablaba; é don Brian de Monjaste le dijo: «Buen doncel, Dios os haga hombre bueno así como os fizo feroso.—Muchas mercedes, dijo él, por lo que me decís; mas si algun bien me tiene guardado, agora lo quisiera para poder servir al Rey, mi señor, que tanto ha menester el servicio de los suyos; é, señores, á Dios quedeis encomendados; que há gran pieza que de la villa salí.» E don Grumedan se despidió dellos, é se fué con él, y ellos se fueron á entrar en su nave para se tornar á la insola Firme. Mas agora deja la historia de hablar dellos, é torna al rey Lisuarte.

CAPITULO XV.

De cómo el rey Lisuarte demandó consejo al rey Arban de Norgales é á don Grumedan é á Guilan el cuidador, é lo que ellos le respondieron.

Despues que aquellos caballeros del rey Lisuarte se partieron, mandó llamar al rey Arban de Norgales é á don Grumedan é á Guilan el cuidador, é díjoles: «Amigos, ya sabeis en lo que estoy puesto con estos caballeros de la ínsola Firme, é la gran mengua que dellos he recebido; é ciertamente, si yo no tomase la emienda de mañera que aquel gran orgullo que tienen no sea quebrantado, no me temo por rey ni pensaria que por tal ninguno me toviere; é por aver aquella cuenta de mí que los cuerdos deben dar, que es facer sus cosas con gran consejo é mucha deliberacion, quiero, como os hobe dicho, me digais vuestro parecer, porque sobre ello yo tome lo que mas á mi servicio cumple.» El rey Arban, que era buen caballero é muy cuerdo, é que mucho deseaba la honra del Rey, le dijo: «Señor, estos caballeros é yo hemos mucho pensado é hablado, como nos lo mandastes, por vos dar el mejor consejo que nuestros juicios alcanzaren; é fallamos que, pues vuestra voluntad es de no venir en ninguna concordia con aquellos caballeros, que con mucha diligencia é gran discrecion se debe buscar el aparejo para que sean apremiados é su locura refrenada; que nosotros, Señor, de una parte vemos que los caballeros que en la ínsola Firme están son muchos é muy poderosos en armas, como vos lo sabeis, que ya, por la bondad de Dios, todos ellos fueron mucho tiempo en vuestro servicio; é demás de lo que ellos pueden é valen, somos certificados que han enviado á muchas partes por grandes ayudas, las cuales creemos que hallarán, porque son de gran linaje, así como hijos é hermanos de reyes é de otros grandes hombres, é por sus personas han ganado otros muchos amigos; é cuando así vienen gentes de muchas partes, prestamente se allega gran hueste; é de la otra parte, Señor, vemos vuestra casa é corte muy despojada de caballeros, mas que en ningun tiempo que en la memoria tengamos, é la grandeza de vuestro estado ha traído en vos poner en muchas enemistades que agora mostrarán las malas voluntades que contra vos tienen, que muchas dolencias destas acostumbra á descubrir las necesidades que con las bonanzas están suspensas é calladas; é así por estas causas como por otras muchas que decir se podrian, seria bien que vuestros servidores é amigos sean requeridos, y se sepa lo que en ellos teneis; en especial el emperador de Roma, á quien ya mas que á vos esto toca, como la Reina vos dijo; é visto el poder que se os apareja, así, Señor, podeis tomar el rigor ó el partido que se vos ofrece.» El Rey se tovo por bien aconsejado é dijo que así lo queria hacer, é mandó á don Guilan que él tomase cargo de ser el mensajero para el Emperador, que á tal caballero como él convenia tal embajada; él le respondió: «Señor, para esto é mucho mas está mi voluntad presta á vos servir; é á Dios plega, por la su merced, que así como lo yo deseo se cumpla, en acrecentamiento de vuestra honra é gran estado, y el despacho sea

presto, que vuestro mandamiento será puesto luego en ejecucion.»

El Rey le dijo: «Con vos no será menester sino creencia, y es esta, que digais al Emperador cómo él de su voluntad me envió á Salustanquidio é Brondajel de Roca, su mayordomo mayor, con otros asaz caballeros que con ellos vinieron á demandar mi hija Oriana para se casar con ella; que yo, por le contentar é le tomar en mi deudo, contra la voluntad de todos mis naturales, teniendo á esta por señora dellos despues de mis dias, me dispuse á gela enviar, como quiera que con mucha piedad mia, é mucho dolor é angustia de su madre, por la ver apartar de nosotros en tierras tan extrañas; y que rescebida por los suyos con sus dueñas é doncellas, y entrados en la mar, fuera de los términos de mis reinos, que Amadis de Gaula con otros caballeros sus amigos salieron con otra flota de la ínsola Firme, y que desbaratados todos los suyos, é muerto Salustanquidio, fué por ellos tomada mi hija con todos los que vivos quedaron, é llevada á la misma ínsola, donde la crian, é que han enviado á mí sus mensajeros, por los cuales me profieren algunos partidos; pero que yo, conociendo que á él mas que á mí toca este negocio, no he querido venir con ellos en ninguna contratacion hasta gelo hacer saber, é que sepa que con lo que yo mas satisfecho seria, es que allí donde ellos la tienen por nosotros cercados fuesen, de tal suerte que diésemos á todo el mundo á conocer que ellos como ladrones é salteadores lo hicieron, é nosotros, como grandes príncipes, castigamos este insulto tan grande, que tanto nos toca. Y vos decilde lo que en este caso vos pareciere allende desto, é si en esto acuerda, que se ponga luego en ejecucion, porque las injurias siempre crecen con la dilacion de la emienda que dellas se debe tomar.» Don Guilan le dijo: «Señor, todo se hará como lo mandais, é á Dios plega que mi viaje haya aquel efecto que en mi voluntad está de vos servir.» Y tomando una carta por do creído fuese, se partió á entrar en la mar, é lo que hizo, la historia lo contará adelante. Esto hecho, mandó el Rey llamar á Bramdoibas, é mandóle que fuese á la ínsola de Mongaza á don Galvánés, que luego con toda la gente de la ínsola para él se viniese, é desde allí se pasase en Irlanda al rey Cildadan é le dijese otro tanto, é trabajase con él cómo con el mayor aparejo de guerra que haber podiese se viniese á él donde sopiese que estaba; é asimismo mandó á Filispinel que fuese á Gasquilan, rey de Suesa, y le dijese en lo que estaba; é pues que era caballero tan famoso, é tanto se agradaba é procuraba hazañas, que agora tenia tiempo de mostrar la virtud é ardimiento de su corazon; é así envió á otros muchos sus amigos, aliados é servidores, é á todo su reino, que estoviesen apercebidos para cuando estos mensajeros tornasen; é mandó buscar muchos caballos é armas por todas partes para hacer la mas gente de caballo que podiese. Mas agora dejaremos esto, que no se dirá mas fasta su tiempo, por decir lo que Arcalaus el encantador hizo.

Cuenta la historia que estando Arcalaus el encantador en sus castillos, esperando siempre de hacer algun mal, como él é todos los malos de costumbre lo tienen,

llególe esta gran nueva de la discordia é gran rotura que entre el rey Lisuarte é Amadis estaba, é si dello hobo placer no es de contar, porque estos eran los dos hombres del mundo á quien él mas desamaba; é nunca de su pensamiento ni cuidado se partia pensar en cómo seria causa de su destruicion; é pensó qué podría hacer en tal coyuntura como esta con que dañan les podiese, que su corazon no se podia otorgar de ser en ayuda de ninguno dellos; é como en todas las maldades era muy sutil, acordó de trabajar en que se juntase otra tercera hueste, así de los enemigos del rey Lisuarte como de Amadis, é ponerla en tal parte, que si batalla hobiesen, que muy ligeramente podiesen los de su parte vencer é destruir los que quedasen; é con este pensamiento é deseo cabalgó en su caballo, tomando consigo los servidores que menester habia, é fuése por sus jornadas así por tierra como por la mar al rey Arábigo, que tan mal trecho habia quedado de la batalla que él é los otros seis reyes sus compañeros hobieron con el rey Lisuarte, como lo cuenta la parte tercera desta historia, del gran daño é mengua que en ella de Amadis y de su linaje habia rescebido; é como á él llegó, le dijo: «¡Oh rey Arábigo! si aquel corazon y esfuerzo que á la grandeza de tu real estado se requiere tener, tienes, é aquella discrecion con que gobernarlo debes, aquella contraria fortuna, que el tiempo pasado te fué tan enemiga, con mucho arrepentimiento dello te quiere dar la emienda tal, que con doblada vitoria el gran menoscabo de tu honra sea satisfecho, lo cual, si sábio eres, conocerás ser en tu mano el remedio dello. Tú, Rey, sabrás cómo yo estando en mis castillos, con gran cuidado de pensar en tu pérdida é buscar como reparada fuese, porque del acrecentamiento de tu real estado ocurre á mí, como á servidor tuyo, muy grandísimo provecho, supe por nueva muy cierta cómo los tus grandes enemigos é míos, el rey Lisuarte é Amadis de Gaula, son en todo el extremo de rotura el uno contra el otro, é sobre causa de tal calidad, que ningun medio ni remedio se espera ni puede haber, sino gran batalla é cuestion, con destruicion del uno dellos, ó por ventura de entrambos; é si mi consejo quisieres tomar, es cierto que no solamente será remedio de la pérdida que por el pasado de mí hobiste, mas para que con muchos mas señoríos tu estado será crecido, é despues de todos aquellos que tu servicio queremos.» El rey Arábigo, cuando esto le oyó, é vió á Arcalaus llegar de tan lueñas tierras é con tanta priesa, dijo: «Amigo Arcalaus, la grandeza del camino é la fatiga de vuestra persona me dan causa á que vuestra venida en mucho tenga, é creer todo aquello que me dijédes, é quiero que por extenso me sea declarado esto que me decis, porque mi voluntad nunca por tiempo adverso dejará de seguir lo que á la grandeza de mi persona conviene.»

Entonces Arcalaus le dijo: «Sabrás, Rey, que el emperador de Roma, queriendo tomar mujer, envió al rey Lisuarte que le diese á su hija Oriana; el cual, viendo su grandeza, aunque esta princesa es su derecha heredera de la Gran Bretaña, se dispuso á gela dar, y entrególa á un primo hermano del mismo emperador, llamado Salustanquidio, príncipe muy poderoso; é lleván-

dola con gran compañía de romanos por la mar, salió á ellos Amadis de Gaula con muchos caballeros sus amigos; é muerto este príncipe é destruida tota su flota, é presos é muertos otros muchos de los que en ella fallaron, fué robada é tomada Oriana, é llevada á la ínsola Firme, donde la tienen. La mengua que desto viene al rey Lisuarte é al Emperador ya lo puedes conocer; é quiero que sepas que este Amadis, de quien te fablo, es uno de los caballeros de las armas de las sierpes que contra tí fueron, é contra los otros seis reyes que contigo estuvieron en la gran batalla que con el rey Lisuarte hobiste, y este fué el que el yelmo dorado traia, que por virtud de su alta proeza é gran esfuerzo la vitoria de las tus manos fué quitada. Así que, por esto que te digo, el rey Lisuarte de mi cabo é Amadis de otro llaman la mas gente que pueden, donde con razon se puede é debe juzgar que el mismo emperador, por vengar tan gran lástima de su corazon é mengua de su honra, verná en persona; pues de aquí puedes juzgar, habiendo batalla, qué daño della les puede ocurrir; é si tú quieres llamar tus compañías, yo te daré por ayudador á Barsinan, señor de Sansueña, hijo del otro Barsinan que el rey Lisuarte hizo matar en Lóndres; é darte he mas á todo el gran linaje del buen caballero Dardan el soberbio, que Amadis en Vindilisora mató, que será gran compañía de muy buenos caballeros; é asimismo faré venir al rey de la Profunda ínsola, que contigo escapó de la batalla; é con toda esta gente nos podremos poner en tal parte, donde por mí serás guiado; que dada la batalla por ellos, así á los vencidos como á los vencedores llevarás muy seguramente en las manos sin ningun peligro de tus gentes; pues ¿qué puede de aquí redundar, sino que, demás de ganar tan gran vitoria, toda la Gran Bretaña te será subjecta, é tu real estado puesto en la mas alta cumbre que de ningun emperador del mundo? Agora mira, Rey poderoso, si por tan pequeño trabajo y peligro quieres perder tan gran gloria y señorío.» Cuando el rey Arábigo esto oyó, mucho fué alegre é díjole: «Mi amigo Arcalaus, gran cosa es esta que me habeis dicho, é como quiera que mi voluntad tenga de no tentar mas la fortuna, gran locura seria dejar las cosas que con mucha razon á dar grande honra é provecho se ofrecen; porque si como se espera salen, é la misma razon las guia, reciben los hombres aquel fruto que su trabajo merece; é si al contrario les sale, hacen aquello que por virtud son obligados, dando la cuenta de sus honras que dar se debe, no teniendo en tanto las desaventuras pasadas, que el remedio dellas, cuando el caso se ofrece, dejen de probar, sin los tener sumidos é abatidos é deshonorados todos los dias de su vida. E pues que así es, lo que en mí será de mis gentes é amigos, perded cuidado. En lo otro proveed con aquella aficion é diligencia que veis que para semejante caso conviene.»

Arcalaus, tomada esta palabra del Rey, se partió para Sansueña, é fabló con Barsinan, trayéndole á la memoria la muerte de su padre y de su hermano Gandalod, el que venció don Guilan el cuidador é lo llevó preso al rey Lisuarte, el cual le mandó despeñar de una torre, al pié de la cual su padre fuera quemado; é asimesmo le dijo cómo en aquel tiempo le tenia su fecho acabado

para que su padre fuese rey de la Gran Bretaña, que tenia preso al rey Lisuarte é á su hija, é cómo por el traidor de Amadís le fuera todo quitado; que agora tenia tiempo de no solamente ser vengado de sus enemigos á su voluntad, mas que aquel gran señorío que su padre errado habia, él estaba en disposicion de lo cobrar; y que toviere corazon, que sin él las grandes cosas pocas veces se podian alcanzar, é que si la fortuna á su padre fué tan contraria, que dello arrepentida, á él queria hacer la satisfaccion del daño recebido. E asimismo le dijo cómo el rey Arábigo con todo su poder se aparejaba, porque veia la cosa tan vencida que se no podia errar en ninguna manera, é todas las otras ayudas que para este negocio tenia ciertas, é otras cosas muchas, como aquel que el oficio siempre habia usado é muy gran maestro de maldares habia salido. Como Barsinan fuese mancebo muy orgulloso, y en lo malo á su padre pareciese, con poca premia é trabajo le trajó á todo lo que quiso, é con corazon muy ardiente é soberbia demasiada le respondió que con toda aficion é voluntad seria en este viaje, llevando consigo toda la mas gente de su señorío, é de fuera dél todos los que seguir le quisiesen. Arcalaus, cuando oyó estas razones, fué alegre de cómo fallaba aparejo al contentamiento de su voluntad, é dijole que fuese todo apercebido para cuando el aviso le enviase, porque esto era necesario que fuese mirado con diligencia. Y desde allí fué prestamente é con corazon alegre al rey de la Profunda insula, é razonó con él muy gran pieza; é tanto le dijo, é tales razones le dió, que así como á estos, le hizo mover é apercebir toda su gente muy en orden, como aquel que de lo tal necesidad tenia. Esto hecho, se tornó á su tierra é habló con los parientes de Dardan el soberbio, por cuanto creia á todos con la semejante habla venir mucho provecho, é lo mas secreto que pudo se concertó con ellos, diciéndoles el grande aparejo que tenian. Así estuvo esperando al tiempo para poner en obra lo que habeis oido.

Mas agora no fabla la historia dél fasta su tiempo, é torna á contar lo que les acaeció á don Cuadragante é á don Brian de Monjaste despues que de la corte del rey Lisuarte partieron.

CAPITULO XVI.

Cómo don Cuadragante é Brian de Monjaste con fortuna se perdieron en la mar; é cómo la ventura los hizo fallar á la reina Briolanja, é lo que con ella les acaeció.

Don Cuadragante é don Brian de Monjaste, despues que de don Grumedan se partieron, como la historia lo ha contado todo, andovieron por su camino fasta que llegaron al puerto donde su nave tenian, en la cual entraron por se ir á la insola Firme con la respuesta que del rey Lisuarte llevaban, é todo aquel dia les fué la mar muy agradable con viento próspero para su viaje; mas la noche venida, la mar se comenzó á embravecer, con tanta fortuna é tan reciamente, que del todo pensaron ser perdidos é anegados, é fué la tormenta tan grande, que los marineros perdieron el tino que llevaban, con tanto desconcierto, que la fusta iba por la mar sin ningun gobernalle, é así andovieron toda la noche con harto temor, porque á semejante caso no bastan

armas ni corazon. E cuando el alba del dia pareció, los marineros podieron mas reconocer, é hallaron que estaban muy allegados al reino de Sobradisa, donde la muy hermosa reina Briolanja reina era; y en aquella hora la mar comenzó en mas bonanza, y queriendo volver su derecho camino, aunque á muy gran traviesa habian de tornar, vieron á su diestra venir una nao muy grande á maravilla, é como su nao fuese muy ligera, que de aquella no podria recibir ningun daño, aunque de enemigos fuese, acordaron de la esperar, é como cerca fueron é la vieron mas á su voluntad, parecióles la mas hermosa que nunca vieron, así de grandeza como de rico atavío, que las velas é cuerdas eran todas de seda, é guarnecida, todo lo que ver se podia, de muy ricos paños, é al bordo della vieron caballeros é doncellas que estaban hablando, muy ricamente vestidas. Mucho fueron maravillados don Cuadragante é Brian de Monjaste de la ver, é no podian pensar quién en ella viniese, é luego mandaron á un escudero de los suyos que en un batel fuese á saber cómo era aquella gran nao é quien en ella venia. El escudero así lo hizo, y preguntando aquellos caballeros que por cortesía gelo dijiesen, ellos respondieron que allí venia la reina Briolanja, que pasaba á la insola Firme.—A Dios merced, dijo el escudero, con tan buenas nuevas, que mucho placer habrán de las saber aquellos que acá me enviaron.—Buen escudero, dijeron las doncellas, decidnos, si os place, quién son estos que decis.—Señoras, dijo él, son dos caballeros que este mismo camino llevan que vosotras, é la fortuna de la mar los ha echado á esta parte, donde, segun lo que fallan, será para su trabajo gran cansano; é porque ellos se vos mostrarán tanto que yo vuelva, no es menester de mí saber mas.» Con esto que oídes se tornó é dijoles: «Señores, mucho vos debe placer con las nuevas que trayo, y por bien empleada se debe tener la tormenta pasada y el rodeo del camino, pues teneis tal compañía para ir donde quereis; sabed que en la nao viene la reina Briolanja que á la insola Firme va.»

Mucho fueron alegres aquellos dos caballeros con lo que el escudero les dijo, é luego mandaron enderezar su nao para se llegar á la nao; é cuando ellos mas cerca fueron, las doncellas los conocieron, que ya otra vez los vieron en la corte del rey Lisuarte, cuando la Reina su señora allí algun tiempo estovo; é muy alegres lo fueron á decir á su señora cómo allí estaban dos caballeros mucho amigos de Amadís, que el uno era don Cuadragante y el otro don Brian de Monjaste. La Reina cuando lo oyó fué muy alegre, é salió de su cámara con las dueñas que consigo tenia para los recibir, que Tantiles, su mayordomo, le habia dicho cómo los dejaba en la insola Firme de camino para ir al rey Lisuarte. E cuando ella salió, ya ellos estaban dentro en la nao, é fueron para le besar las manos, mas ella no quiso; antes los tomó á entrambos cada uno con su brazo, é así los tovo un rato, abrazados con mucho placer; é desque se levantaron los tornó á abrazar é dijoles: «Mis buenos señores é amigos, mucho agradezco á Dios porque vos fallé, que no podiera venir agora cosa con que mas me pluguiera que con vosotros, si no fuese ver á Amadís de Gaula, aquel á quien yo con tan-

to derecho é razon debo amar, como vosotros sabeis.—Mi buena señora, dijo don Cuadragante, gran sinrazon seria si así no fuese como lo decis, y el placer que con nosotros habeis, Dios vos lo agradezca, é nos os serviremos en lo que mandádes.—Muchas mercedes, dijo ella.—Agora me decid cómo aportastes en esta tierra.» Ellos le dijeron cómo habian partido de la insola Firme con mandado de aquellos señores que allí estaban para el rey Lisuarte, é todo lo que con él habian pasado, é cómo quedaban sin ningun concierto en toda rotura, que no faltó nada, é que queriéndose tornar, la gran tormenta desa noche los habia echado aquella parte donde daban por muy bien empleada su fatiga é su trabajo, pues que en aquel camino la podian servir é aguardar fasta la poner donde queria. La Reina les dijo: «Pues yo no he estado muy segura sin grande espanto de la tormenta que decis, que ciertamente nunca pensé que podríamos guarecer; pero como esta mi nao es muy gruesa é grande, é las áncoras é maromas muy recias, plogo á la voluntad de Dios que nunca la fortuna las pudo quebrar ni arrancar. Y en esto del rey Lisuarte que me decis, yo supe de mi mayordomo Tantiles cómo vosotros ibades á él con esta embajada, é bien me tove por dicho que, como este sea un rey tan entero y que tan complidamente la fortuna le ha favorecido y ensalzado en todas las cosas, que teniendo en mucho el caso de Oriana, querrá antes tentar é probar su poder que dar forma de ningun asiento, é por esta causa yo acordé de juntar todo mi reino é todos mis amigos que de fuera dél son, é con mucha aficion les rogar é mandar que estén prestos é aparejados de guerra para cuando mi carta vean, é á todos deo con gran voluntad de me servir, é mi mayordomo con ellos para que los guie é traya; y entre tanto pensé que seria bien de ir yo á la insola Firme á estar con la princesa Oriana, é pasar con ella la ventura que Dios diere; esta es la causa por donde aquí me fallais, é soy muy alegre porque irémos juntos.—Mi señora, dijo don Brian de Monjaste, de tal señora y hermosa como vos no se espera sino toda virtud é nobleza, así como por obra parece.»

La Reina les rogó que mandasen ir su nao cabe la suya, y ellos se fuesen con ella; é así se hizo, que los aposentaron en una muy rica cámara, é siempre con ella é á su mesa comian, hablando en las cosas que les mas agradaba. Pues así como vos digo fueron por su mar adelante contra la insola Firme. Agora sabed aquí que al tiempo que Abiseos, tío desta reina, fué muerto con los dos sus hijos, en venganza de la muerte que él hizo á su hermano el Rey, padre de Briolanja, y le habia tomado el reino, por Amadís é Agrájes, como mas largamente lo cuenta el primero libro desta historia, que quedó otro hijo pequeño, que un caballero mucho suyo le criaba. Este mozo era ya caballero muy recio y esforzado, segun habia parecido en las cosas de grandes afrentas que se falló, é como fasta allí habia seido muy mozo, no pensaba, ni discrecion le daba lugar, sino en seguir mas las armas que en procurar las cosas de provecho; é como ya de mayor edad fuese, hobo algunos de los servidores de su padre, que fuidos andaban, que á la memoria le trajeron la muerte de su pa-

dre y de sus hermanos, é cómo aquel reino de Sobradisa de derecho era suyo, é aquella reina gelo tenia forzosamente; é que si él corazon toviere para el reparo de cosa que tanto le complia como para las otras cosas, que con poco trabajo podria recobrar aquella gran pérdida y ser gran señor, agora tornando al reino, ó sacando tal partido que honradamente como fijo de quien era podiese pasar. Pues este caballero, que Trion habia nombre, como ya fuese codicioso de señorear, siempre estaba pensando en esto que aquellos criados de su padre le decian, é aguardando tiempo conveniente para el remedio de su deseo; é como agora sopiese está tan gran discordia que entre el rey Lisuarte é Amadís estaba, pensó que tanto ternia que hacer Amadís en aquello que de lo otro no ternia memoria, puesto que la toviere, que su gran poder no bastaria para socorrer á todas partes, segun con tan grandes hombres estaba resuelto; que este caballero era el mayor entrevalo que él fallaba. E sabiendo la partida de la reina Briolanja, como tan desacompañada fuese, que en toda su nao no llevaba veinte hombres de pelea, é ninguno dellos de mucha afrenta, salió luego de un castillo muy fuerte, que de su padre Abiseos le habia quedado, del cual, é no de mas, era señor cuando á su hermano el Rey mató, é fué por causa de sus amigos; é no les diciendo el caso, allegó fasta cincuenta hombres bien armados é algunos ballesteros é archeros, é guarneciendo dos navíos, se metió á la mar con intencion de prender la Reina, é con ella sacar gran partido, é si tal tiempo viesse, le tomar todo el reino. E sabiendo la via que llevaba, una tarde le salió á la delantera sin sospecha que dél se toviere, é como de lejos los de la nao viesen aquellos dos navíos, dijéronlo á la Reina, é salieron luego don Cuadragante é Brian de Monjaste al bordo de la nao, é vieron cómo derechamente venian contra ellos, é hicieron armar esos que ende estaban, y ellos se armaron é no curaron sino ir su camino, é así los otros que venian llegaron tan cerca, que bien se podia oir lo que dijiesen.

Entonces Trion dijo en una voz alta: «Caballeros que en esa nao venis, decid á la reina Briolanja que está aquí Trion, su primo, que la quiere hablar, y que mande á los suyos que se no defiendan; si no, que uno dellos no escapará de ser muerto.» Cuando la Reina esto oyó hobo gran miedo y espanto, é dijo: «Señores, este es el mayor enemigo que yo tengo, é pues agora se atrevió á hacer esto, no es sin gran causa é sin gran compañía.» Don Cuadragante le dijo: «Mi buena señora, no temádes nada, que placiendo á Dios, muy presto será castigado de su locura.» Entonces mandó á uno que le dijese que si él solo queria entrar donde la Reina estaba, que de grado lo recibirian. E dijo él: «Pues así es, yo la veré, mal su grado é de todos vosotros.» Entonces mandó á un caballero criado de su padre que con la una nao acometiese la nao por la otra parte, y que punase de la entrar, y él así lo hizo. Como don Brian de Monjaste los vió apartar dijo á don Cuadragante que tomase de aquella gente la que le pluguiese, é guardase la una parte, y que él con la otra defenderia la otra parte, é así lo hicieron; que don Cuadragante quedó á la parte donde Trion queria combatir, é Brian de Monjaste á la del otro caballero. Don